

HÉCTOR ORJUELA, *La búsqueda de lo imposible: biografía de José Asunción Silva*, Bogotá, Kelly, 1991. 429 págs.

En la introducción de su libro Héctor Orjuela deja ver el propósito que lo anima: “Al seguir, paso a paso, el itinerario vital de Silva nos proponemos desentrañar, a la luz de una copiosa documentación la verdad acerca de la complicada trama de equívocos y suposiciones urdidas a través de los años en torno al bogotano” (pág. 14).

Para cumplir su cometido el autor nos muestra, en una secuencia bien lograda a lo largo de diez capítulos, la silueta del poeta desde su prefiguración en el abuelo hasta el reconocimiento del fracaso en la búsqueda de sí mismo.

El título descubre el motivo central que estructura la obra y se refiere a la obsesión que impulsó a Silva a navegar en pos de un ideal de creación estética, de amor y de plenitud espiritual; búsqueda angustiosa que termina en fracaso y que tal vez lo conduce al suicidio.

El espíritu de fin de siglo desfila por el libro de Héctor Orjuela expresado en tres planos diferentes unidos por la figura de José Asunción Silva. Un primer plano, la expresión poética, vigilada desde un segundo plano por la situación familiar del bardo y el desenvolvimiento social del país. Lo social está presentando desde el punto de vista de algunos viajeros, testimonios de personajes de la época y la visión histórica del autor. La materia poética va de los amigos de José Asunción Silva al punto de vista de Orjuela y lo familiar se muestra en la apreciación de algunos de sus allegados.

A pesar de la advertencia preliminar, desmitificar al hombre, hay algo que permanece como parte de la leyenda: Silva es un predestinado de la desgracia, como lo muestra Orjuela en su ensayo: “Estando Joaquín Suárez Fortul, hermano de madre del abuelo del poeta, descansando en el vivac con algunos de sus compañeros, durante la guerra, penetró en la tolda una mariposa negra y se le posó a los pies (...). Tres días después murió por causa de una bala que le destrozó el cerebro” (pág. 30). No hay duda, los presagios van a signar la vida de Silva hasta su muerte. También su abuelo sería asesinado en la finca Hatogrande (hoy lugar de descanso para los presidentes de la república). Esa muerte prefigura la otra; curioso: un nombre, José Asunción, inicia y termina el ciclo de la desgracia.

En seguida el investigador nos adentra en el mundo de Ricardo y Vicenta, los padres de Silva. Ella está emparentada con otras familias de poetas: los Pombo, los Arboleda, los Valencia; el padre, un escritor de cuadros de costumbres influirá demasiado en la vocación del vate, no sólo

predestinado para la desgracia sino también para la literatura. Desgraciado, no por falta de comodidades, sino por su condición de artista de la palabra. Hasta entonces un poeta tenía la pobreza como símbolo: Silva no es pobre, pero al asumir su condición de poeta, se identifica con la desgracia.

Afirma Héctor Orjuela que nuestro vate se inicia temprano en el ritual de las letras: contaba diez años cuando nace su poema *La primera comunión* en la cual se asoma ya “el tono vago y asordinado característico de la obra de José Asunción Silva” (pág. 76). Ante la muerte de su hermana Inés, crea *Las Crisálidas* que introduce una constante temática en su poesía: la muerte (pág. 79). Silva inicia así su camino literario, la búsqueda de un Ideal.

En el capítulo siguiente Héctor Orjuela se refiere al viaje del poeta a París y nos indica cuáles fueron las mayores influencias desde Baudelaire hasta Barrès, de quien el autor afirma que fue la mayor de todas, pasando por los decadentistas (Lorrain, Huysmans, Bourget y Amiel). La muerte de María Bashkirtseff, una joven pintora rusa de mucha acogida dentro de los círculos culturales parisinos lo sacude profundamente, dice Héctor Orjuela; ya que “era un alma gemela de la suya. En la versatilidad y talento de María, Silva encontró el reflejo de la insatisfacción de su propio espíritu. El poeta inicia así su propia búsqueda” (pág. 132). Son estos intelectuales al lado de Nietzsche y D’Annunzio los que van a marcar el carácter pesimista del bardo bogotano, señala Orjuela. Después, otro capítulo muy interesante: el conflicto del poeta con la sociedad burguesa. Cuando el padre muere, Silva asume las riendas de los negocios, hay un choque entre el hombre estético y la realidad de la sociedad; la Lira frente al Oro, el ideal del poeta que vive para la palabra frente al hombre que vive para sostener el hogar: el poeta entra en crisis con la modernidad. Esto debió ser un desgarramiento doloroso para Silva; sin embargo, nuestro autor observa que fue provechoso para su poesía ya que la situación lo obligó a mostrar esas desgarraduras; prácticamente su dolor se hizo poesía y el tema de la muerte se hace entonces luminoso: nunca antes su situación había sido tan propicia a la poesía confidencial. Pero es precisamente ese tono de confidencia el que permite que, cuando ve la luz el *Nocturno*, algunos críticos vean en ese poema indicios de incesto.

Como un nuevo y viejo Quijote, dispuesto a desfacer entuertos, Héctor Orjuela ha cabalgado la ilusión, y en una defensa minuciosa, sólida y hermosa va al encuentro del monstruo que los encantadores le han puesto en el camino a Silva.

Héctor Orjuela presenta en su libro testimonios de la personalidad de Elvira, de su belleza y del gran afecto que José Asunción Silva sentía por

ella; incluye versos que inspiró la muerte de Elvira, una mujer que además de hermosa era dueña de un encanto extraordinario. Desde esta perspectiva el autor analiza el poema y demuestra cómo sólo puede entenderse en el plano de la espiritualidad. Aquellos que sienten la poesía saben que el poema gana en significación si se adivina que es la manifestación de un anhelo, no la historia de un hecho. Silva debería haberlo sabido muy bien. Entiéndase, es el anhelo de la comunión espiritual aún en “el infinito negro donde nuestra voz no alcanza”. Héctor Orjuela logra demostrarlo claramente.

Todo esto coincide con la quiebra financiera del poeta, hay una doble desesperación: espiritual y económica. Para el autor aquí culmina el ciclo lírico de Silva y da paso a un período de escepticismo que se refleja en sus *Gotas amargas*: comienza a dibujarse la sombra de la muerte.

Ahora Silva incursiona en la diplomacia como secretario de la legación en Venezuela, no cuenta con la simpatía de su jefe y es separado del puesto. La desgracia lo acecha, su barco naufraga en Bocas de Ceniza, sale con bien y quiere probar suerte como industrial.

Alrededor de la muerte de Silva se tejen demasiadas conjeturas, aún la del asesinato. Héctor Orjuela se inclina por el suicidio. Los presagios, desde la mariposa del vivac hasta los trece sentados a su mesa la noche de su muerte, confirman su sino trágico.

Silva, como lo presenta Héctor Orjuela en su libro, ha sido una búsqueda continua, un desgarramiento lento, un internarse en un camino que desemboca siempre en otro y así hasta darse cuenta de que se persigue “la sombra por la luna proyectada”.

La biografía de Silva es sólo un pretexto para evidenciar el espíritu del poeta, sus tensiones interiores, sus miedos, sus crisis. Es difícil encontrar en un libro tantos elementos valiosos para la comprensión de un destino: la búsqueda de lo imposible.

Acompañemos a José Asunción Silva en su “itinerario vital” y hagamos posible desde nuestra perspectiva la realización del sueño. Héctor Orjuela será nuestro guía en esta poética de la sombra.

GERMÁN A. VILLAMIZAR.

Santafé de Bogotá.